

Mas no les atropelló; les habló de una manera muy razonable. Como persona sensata, encontraba un poco fuerte la necedad de la señora. Sin embargo, la defendía: el capricho por el comiquillo no duraría mucho; había que dejarle pasar aquel frenesí.

Los dos hombres se retiraron. No habían pronunciado una palabra. En la acera, conmovidos por cierta fraternidad, cambiaron un silencio apretón de manos; y volviéndose la espalda, se alejaron cada uno por su lado.

Cuando Muffat entró, por fin, en su palacio de la calle Miromesnil, su mujer llegaba, precisamente. Los dos se encontraron en la vasta escalera, cuyas sombrías paredes dejaban caer un helado escalofrío. Levantaron los ojos, y se vieron. El conde tenía aún su traje lleno de lodo y su azorada palidez del hombre que sale de los brazos del vicio. La condesa, como molida por una noche de ferrocarril, se dormía en pie, despeinada y ojerosa.

VIII

La escena pasa en la calle Verón, en Montmartre, en una pequeña habitación del piso cuarto.

Naná y Fontan habían invitado á unos amigos para celebrar la noche de Reyes. Hacía sólo tres días que estaban instalados allí.

Esto se había efectuado bruscamente, sin idea preconcebida de vivir juntos, en los primeros ardores de su luna de miel. El día siguiente á su colérico arranque, cuando hubo plantado tan frescamente á la puerta al conde y al banquero, sintió Naná que todo se desmoronaba en torno suyo.

Con una mirada se hizo cargo de la situación: los acreedores iban á caer en su antecámara, á meterse en sus placeres sentimentales, á hablar de venderlo todo, sino era más juiciosa; aquello sería un sin fin de querellas, de terquedades interminables para dis-

putarle sus cuatro frastos. Y prefirió abandonarlo todo.

En dos días vendió todo cuanto pudo sacar: dijes, alhajas, y desapareció con una docena de miles de francos, sin decir una palabra á la portera; un chafuzón, una fuga, sin dejar huella. Así, los hombres no vendrían ya á colgarse á sus faldas.

Fontan fué muy galante. A nada se opuso; la dejó obrar á su antojo. Hasta se portó, absolutamente, como buen camarada. Por su parte, tenía siete mil francos, que consintió en juntar con los diez mil de la moza, aun cuando le tachaban de avaricia. Este les pareció un fondo sólido para establecerse.

Y partieron de allí, gastando cada uno por su lado del capital común, alquilando y amueblando las dos piezas de la calle Verón, compartiéndolo todo, como buenos amigos. Al principio, aquello fué verdaderamente delicioso.

La víspera de Reyes, la señora Lerat fué la primera en llegar, junto con Luisito.

Como Fontan no había regresado aún, permitiése la tía expresar ciertos temores, pues temblaba al ver á su sobrina renunciar á la fortuna.

—¡Ah, tía! ¡si le amo tanto!—gritó Naná, juntando con gracioso ademán las manos sobre el pecho.

Estas palabras produjeron un efecto extraordinario en la señora Lerat.

Sus ojos se humedecieron.

—¡Es verdad!—dijo con aire de convicción;—el amor ante todo.

Y se deshizo en alabanzas sobre la hermosura de la nueva casa.

Naná le hizo visitar la alcoba, el comedor y hasta la cocina.

¡Caramba! no sobraban habitaciones, pero habían retocado las pinturas y cambiado el papel, y el sol petrificaba allí jovialmente.

Entonces, la señora Lerat retuvo á Naná en la alcoba, mientras que Luisito se refugiaba en la cocina

detrás de la asistenta, para ver asar un pollo. Si se permitía reflexiones, era que Zoé acababa de salir de su casa.

Zoé, valerosamente, permanecía sobre la brecha, por cariño á la señora. Más adelante, la señora la pagaría; no se inquietaba por eso.

Y, en el desmoronamiento de la habitación del bulevar Haussmann, hacia frente á los acreedores y operaba una retirada digna, salvando cuantos efectos podía, y contestando que la señora estaba de viaje, sin dar nunca una dirección. Hasta, por miedo de que la siguiesen, se privaba de la satisfacción de visitar á la señora.

Sin embargo, aquella mañana había ido corriendo á casa de la señora Lerat, porque ocurría novedad.

La víspera, habíanse presentado varios acreedores: el tapicero, el carbonero, la modista, ofreciendo aplazar sus facturas y hasta proponiendo anticipar una crecida cantidad á la señora, si la señora quería volver á su antigua habitación y portarse como persona sensata.

La tía repitió las palabras de Zoé. Sin duda había un señor de por medio.

—¡Jamás!—declaró Naná indignada.—¡Vaya! ¡si eran listos los tales proveedores! ¿Piensan acaso que he de venderme para pagar sus créditos?... ¡Mira; antes que engañar á Fontan, prefiero morir de hambre!

—Eso es lo que he contestado yo,—dijo la señora Lerat:—mi sobrina tiene demasiado corazón.

Sin embargo, Naná sintió una gran contrariedad al saber que se vendía la Mignotte la compraba á un precio ridículo para Carolina Héquet.

Esto la encolerizó contra esas mujerzuelas, miserables callejeras, á pesar de su afectada distinción. ¡Ah! ¡si! ¡cuánta distancia no mediaba de ellas á ella!

—Pueden hacer lo que se les antoje,—concluyó diciendo;—jamás les dará el dinero la verdadera felici-

dad... Y además, has de saber, querida tía, que voy olvidándome de que esa gente existe. ¡Soy demasiado dichosa!

Precisamente, entraba la señora Maloir, con uno de aquellos sombreros extraños, cuya forma encontraba sólo ella.

Fué un gozo volver á verse.

La señora Maloir explicó que las grandezas la intimidaban; actualmente, de vez en cuando, iría allí á echar un tute.

Visitaron por segunda vez la casa; y, en la cocina, delante de la asistenta que echaba grasa al pollo, Naná habló de economías, diciendo que una criada costaría demasiado cara, y que pensaba dedicarse por sí misma á las tareas caseras. Luisito miraba complacido el asador.

En esto, se oyeron voces. Era Fontan, que llegaba con Bosc y Prullière. Ya podían sentarse á la mesa. La sopa estaba servida, cuando Naná por tercera vez, enseñó las habitaciones.

—¡Ah! ¡hijos míos! ¡qué bien estáis aquí!—repetía Bosc, con la idea de agradar á los camaradas que invitaban á comer, porque, en el fondo, la cuestión del «nicho», como decía, le importaba muy poco.

En la alcoba, esforzó aún la nota amable.

Ordinariamente, trataba á las mujeres de «camellos», y la idea de que un hombre podía cargar con una de esas sucias bestias sublevaba, en él, la única indignación de que era capaz, en el desdén de borracho en que envolvía al mundo todo.

—¡Vaya, picaruelos!—repuso guiñando los ojos,—¡y esto lo han hecho solapadamente! ¡Pues bien! habéis obrado perfectamente. ¡Es una delicia! ¡Vendremos á visitaros; sí, pardiez!

Pero, como á la sazón llegase Luisito montado á horcajadas en una escoba, dijo Prullière, con maliciosa sonrisa:

—¡Toma! ¿ya tenéis unorro?

La frase pareció muy graciosa. La señora Lerat y la señora Maloir se desternillaban de risa. Naná, lejos de incomodarse, sonrió enternecida, diciendo que no, por desgracia; bien lo hubiera deseado, por el pequeño y por ella; pero tal vez nacerían otros, como nació aquel.

Fontan, que se hacía el bonachón, tomó á Luisito en brazos, jugando, ceceando:

—Aunque no lo sea, me ama como á su padrecito... ¡Lláname papá, granuja!

—¡Papá!... ¡papá!...—tartamudeaba el niño.

Todo el mundo le llenó de caricias.

Bosc, aburrido, hablaba de sentarse á la mesa; sólo en esto era formal.

Naná pidió permiso para colocar á Luisito á su lado. La comida fué muy jovial.

Bosc, sin embargo, sufrió con la vecindad del niño, contra el cual se veía precisado á defender su plato. También le molestó la señora Lerat. Esta se enternecía, y le comunicaba por lo bajo cosas misteriosas, historias de señores muy distinguidos que la perseguían aún; y por dos veces, el viejo cómico hubo de separar la rodilla, por cuanto la sensible señora le asediaba con encandilados ojos.

Prulliére se portaba como un grosero con la señora Maloir, á la que no sirvió ni una sola vez. Ocupábase únicamente de Naná, resentido de verla enredada con Fontan.

Por lo demás, los dos tórtolos acababan por hacerse empalagosos, de tanto besarse. Contra todas las reglas, habían querido sentarse uno al lado del otro.

—¡Qué diablos! comed, tenéis tiempo de sobra,—repetía Bosc, con la boca llena;—¡esperad á que nos hayamos marchado!

Pero Naná no podía contenerse.

Hallábase en un arrobamiento de amor, sonrosada como una virgen, con sonrisas y miradas húmedas de ternura.

Fijos los ojos sobre Fontan, le abrazaba, con epítetos mimosos: ratoncito, lobezno, gatito mío; y cuando él le pasaba el agua ó la sal, inclinábase ella, besándola al azar en los labios, en los ojos, en la nariz, en una oreja; después, si la reñían, volvía á la carga, con tácticas ingeniosas, con humildades y flexibilidades de gata zurrada, cogiéndole solapadamente la mano, para guardarla entre las suyas y besarla de nuevo. Le era indispensable tocar algo de su persona.

Fontan se hacía el bonachón y se dejaba adorar, pródigo en condescendencias.

Su enorme nariz se agitaba, con un goce puramente sensual. Su hocico de chivo, su fealdad de monstruo truhanesco, se extasiaba en la adoración devota de aquella soberbia moza, tan rubia y tan rolliza. De vez en cuando, devolvía un beso, como un hombre que se reserva todo el placer, pero que quiere mostrarse amable.

—¡Acabáis por estar cargantes!—gritó Prulliére.—¡Vete de ahí tú!

Y echando de su sitio á Fontan, cambió el cubierto para colocarse al lado de Naná. Surgieron exclamaciones, aplausos y frases crudas.

Fontan fingía desesperación con sus chuscos aires de Vulcano llorando á Venus.

Inmediatamente, Prulliére mostróse galante; mas Naná, cuyo pie andaba buscando por debajo de la mesa, le contestó con un golpe para que se estuviere quieto. No, de seguro que no se acostaría con él.

El mes pasado, había sentido el comienzo de un caprichito por él, á causa de su linda figura. Ahora la detestaba. Si volvía á pellizcarla fingiendo recoger su servilleta, le arrojaría el vaso á la cara.

Sin embargo, la velada se pasó muy bien. Como era natural, la conversación recayó sobre Variedades.

Ese canalla de Bordenave, ¿no reventaría jamás?

Sus sucias enfermedades retoñaban y le hacían su-

frir en tal grado, que ya ni con tenazas podía cogérsele.

La víspera, durante el ensayo, estuvo aullando sin cesar contra Simona.

¡Ved ahí uno, á quien los artistas no llorarán mucho!

Naná dijo que, si la llamaba para encargarle algún papel, le mandaría lindamente á paseo; por lo demás, estaba decidida á no volver á pisar las tablas, porque el teatro valía menos que su casa.

Fontan, que no tomaba parte en la obra nueva ni en la que ensayaban, exageraba también la felicidad de disponer de entera libertad, de pasar las veladas con su gatita, con los pies junto al fuego.

Y los otros lanzaban exclamaciones, tratándoles de afortunados, afectando envidiar su ventura.

Se había sacado la torta de Reyes. El haba había correspondido á la señora Lerat, que la puso en el vaso de Bosc. Entonces sonaron los gritos de: «¡el rey bebe! ¡el rey bebe! ¡el rey bebe!» Naná aprovechó este arranque de jovialidad para ir á abrazar á Fontan, besándole y diciéndole cositas al oído. Pero Prulliére, con su risa contrariada de lindo mozo, gritaba que aquello no entraba en el juego.

Luisito dormía tendido sobre dos sillas.

En fin, la sociedad no se separó hasta la una. Y gritaron: «hasta la vista», á lo largo de la escalera.

Y por espacio de tres semanas, la vida de los dos tórtolos fué verdaderamente deliciosa.

